



Gonzalo Garcíapelayo, con Pi de la Serra, en "Mundo pop".

"Mundo pop": La vuelta de las brujas

Cuando en junio del pasado año se anunciaba la desaparición de las "Tele-Revistas" —espacios de sobremesa dedicados cada día a un tema diferente—, se informó extraoficialmente que "Mundo pop" reaparecería tras el paréntesis veraniego con más medios y el doble de duración. Y es que el programa de Ramón Alpuente había tenido un notable éxito de crítica y hasta de público. Nacido como una concesión aperturista de un "servicio público" que no hace muchos años aún vetaba las actuaciones de músicos "mele-nudos", "Mundo pop" hizo posible la aparición del "rock" y otras culturas malditas en las soñolientas pequeñas pantallas españolas. A pesar de sus deficiencias —producto, en muchos casos, de limitaciones de todo tipo— "Mundo pop" era un programa ejemplar e insólito: por vez primera, había en TVE un equipo (Alpuente, Gonzalo Garcíapelayo, José Luis Rubio, Julio Palacios) comprometido con el "rock" y manifestaciones afines.

Lo curioso es que "Mundo pop" no regresó en septiembre. Aparentemente, hubo una "denuncia" de un famoso personaje con pretensiones macarthyanas que acusó al director del programa

ma por sus desviaciones de la ortodoxia. El resultado fue que terminó el verano y el equipo de "Mundo pop" se quedó en paro forzoso a pesar de todas las promesas hechas en junio. Risas en la sombra.

La prohibición se desvaneció tan misteriosamente como llegó. Tras los sucesos de finales de noviembre, la nueva marea de apariencias liberalizadoras borró algunos nombres de la lista negra. Y "Mundo pop" reapareció a principios de año.

Otra cuestión es la de las condiciones en que ha vuelto. El programa no ha aumentado su duración, pero se ha visto relegado al UHF, donde aparece todos los jueves de diez a diez y media de la noche, compitiendo con el largometraje que ese día se presenta en la Primera Cadena. Fácil es imaginar que tales circunstancias le roban un altísimo porcentaje de su público potencial, y particularmente le quitan el sector más joven. Desconozco si esa ubicación es simplemente una desafortunada decisión o si se trata de una política deliberada de marginación de expresiones culturales sospechosas: es preciso recordar que en las últimas semanas han llegado a su fin los otros dos programas que TVE —siempre en la Segunda Cadena— dedicaba al "rock", "Musical pop" y "Ahora".

En su nueva etapa, "Mundo pop" continúa usando el forma-

to de revista, ofreciendo entrevistas, filmaciones, noticias y actuaciones con el mismo eclecticismo de siempre: desde Enrique Morente a Jethro Tull, pasando por Ceesepe y Andy Warhol. La novedad es que el programa ha adquirido una agilidad y un dinamismo que no tenía en su época anterior, algo que hay que atribuir en gran parte a los realizadores, Jesús Yagüe y Fernando de Bran. También hay un mayor rigor y profundidad en el contenido: "Mundo pop" se ha radicalizado, pero sin que su especialización le convierta en un producto esotérico. ■ DIEGO A. MANRIQUE.



Una cierta dinámica...

La situación general española se proyecta en el teatro de un modo específico. Y como era de esperar, antes en una serie de fenómenos extraescénicos que

en el mayor rigor de las carteleras, en la ampliación popular de los públicos o en un más alto nivel de las puestas en escena. El teatro más valioso que hoy tenemos en Madrid —desde "La resistible ascensión de Arturo Ui" a "Las hermanas de Búfalo Bill"— se gestó en la etapa inmediatamente anterior, siendo de desear que pronto aparezcan espectáculos ligados al actual debate de la sociedad española.

Pero que las cosas hayan empezado por donde han empezado es natural. Porque el teatro nace de unas determinadas circunstancias y resulta normal que el cambio empiece por la puesta en cuestión de las mismas. El hecho escénico se produce dentro de una estructura teatral, precisa que está, a su vez, condicionada por la estructura general. Las transformaciones que acusa esta última —más profundas si nos atenemos a la dinámica latente que a los hechos consumados— comienza a incidir sobre las bases de nuestra vida teatral, en cuyo cambio, mucho antes que en la tolerancia coyuntural del poder, se encuentra la posibilidad de que nuestros espectáculos eleven su nivel medio de responsabilidad social y artística. El proceso es, por tanto, del todo lógico.

Ocurre, sin embargo, que la

